

de pesadumbres; mas que los trabajos hayan escedido al número de los días, todo parece un sueño al que muere en el Señor. De nada de eso le resta entonces mas que una memoria muy superficial: comienza para él en aquel momento una felicidad llena y colmada: una alegría pura y eterna: está ya para ser como inundado de una avenida de gustos y de consuelos para entrar en un país donde eternamente se gozan días de calma, despejados y serenos, que sucedan á aquellos días borrascosos y turbados, de que ya apenas le queda memoria. Muérese en el Señor, pues se muere para vivir. Esto sí que se llama hacer fortuna. ¿Qué se ha hecho de aquellos monarcas poderosos, que hicieron en el mundo tanto ruido? ¿de aquellas personas tan señaladas por sus bellas prendas de cuerpo y alma? ¿de aquellos hombres grandes que ocuparon las primeras dignidades de la Iglesia y los primeros puestos del Estado? ¿en qué pararon aquellos llamados dichosos, felices y afortunados en el mundo, si se condenaron? ¿y en qué paran todos aquellos que no mueren en el Señor? ¿cuantos de los que leerán estas reflexiones merecerán la misma tristísima suerte por no haberse aplicado á merecer la contraria? Para morir en el Señor, es preciso vivir y perseverar en la gracia del Señor.

*El Evangelio es del cap. 6 de S. Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesus á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente; y el pan, que yo daré, es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Como puede éste darnos á comer su carne? Y Jesus les respondió: En verdad, en verdad os digo: que si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros. El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.

#### MEDITACION.

*De la necesidad de prepararse para la muerte.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que la necesidad de prepararse para una santa muerte es indispensable. No hay en el mundo negocio tan importante como la muerte, no le hay mas dificultoso que una buena muerte, y mas en quien no se dispone para ella

durante la vida. ¿Y hay tampoco negocio mas irreparable que el de una muerte infeliz? Con todo eso para ninguna cosa se preparan menos los hombres que para lograr la dichosa.

Si se muriera dos veces, seria menos imprudencia arriesgarse á morir mal una vez; podria repararse esta falta; se podria hacer penitencia á un mismo tiempo de una mala vida, y de una mala muerte. Pero no se muere mas que una vez sola; y la eternidad, ó feliz, ó desgraciada, depende absolutamente de esta muerte.

Cuanto mas hemos trabajado para el cielo, cuanto mas santamente hemos vivido, mas interés tenemos en acabar la vida santamente, por no perder el fruto de tantos trabajos. Es verdad que una santa muerte es ordinariamente fruto de una santa vida; pero no es menos verdad que una muerte en pecado aniquila todos los merecimientos de la vida mas santa, y que todos los méritos de la mas santa vida no pueden asegurarnos una santa muerte. ¿Y siendo esto así, se piensa mucho en la muerte? Al ver nuestro descuido sobre un punto tan importante, pudiera parecer que no hay cosa mas fácil, ni tampoco mas comun que morir bien.

Si para morir bien bastára recibir los postreros sacramentos, besar con ternura un crucifijo, y derramar tal vez algunas lágrimas, acaso seria menos intolerable nuestra imprudencia. No siempre es muy dificultoso encontrar un confesor zeloso y hábil que nos asista en aquel último peligro; ¡pero cuantos hay que murieron con todos estos auxilios, y se condenaron! Morir cubierto de ceniza y de silicio, morir rodeado de sacerdotes y de santos religiosos, es morir con edificacion; pero esto precisamente tampoco es morir bien. Morir bien es morir despues de haber borrado con la penitencia todas las manchas, todas las culpas de la vida; es morir en estado de gracia; es morir lleno de una fe viva, de una esperanza firme, de una caridad ardiente; es morir con un grande horror á todo lo que el mundo ama, con un amor de Dios sobre todo lo criado. ¿Y todo esto será muy fácil á quien amó tan poco á Dios durante la vida? ¿á quien se le pasó toda la vida casi sin pensar jamás en morir bien?

¡Cosa estraña! Si uno tiene que representar un triste papel en un teatro, ó que predicar un sermon en un púlpito, ó que hacer ostencion de su habilidad y de su literatura en una cátedra, se previene por semanas, por meses, y tal vez por años enteros para salir con lucimiento, siendo asi que todo ello es de bien poca importancia. ¡Pero qué tiempo, gran Dios, se emplea en disponerse para morir bien, cuando este gran negocio pide no menos que todo el tiempo de la vida!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que nunca puede ser demasiada la preparacion para una cosa que se hace una sola vez, cuando de hacerla bien esta sola vez pende nuestra felicidad eterna.

Si fuera cosa tan fácil lograr una buena muerte despues de haberse preparado tan poco para morir bien, muy necios hubieran sido los santos en disponerse á tanta costa, y en haber empleado en esta preparacion toda la vida. ¿A qué fin tanto ayunar, tanta oracion, y derramar tantas lágrimas? ¿á qué fin retirarse de todo el mundo, negarse á toda comunicacion para lograr una santa muerte, si pudieron morir santamente sin todas esas precauciones, y sin tanto aparato de preparativos?

Aquel bizarro jóven, que en lo mejor de su vida renuncia cuanto puede halagar á los sentidos, y va á sepultarse vivo en las melancólicas estrecheces de un riguroso claustro; ¿qué fin lleva en una accion tan heroica, sino disponerse para morir bien? ¿nos atreveríamos á no alabar, á no admirar su prudente, su acertada resolucion? Y qué, mientras nuestros hermanos, mientras nuestras hermanas, y nuestros amigos pasan su vida en el retiro, y entre los rigores de la penitencia para disponerse á una santa muerte, y alcanzar la gracia de la perseverancia final; nosotros, metidos entre el tumulto del mundo, entregados á todos sus gustos y diversiones; nosotros en un olvido eterno de esta muerte, en una crasa ignorancia de todo lo que es disponernos para ella, ¿esperamos tranquilamente una muerte cristiana! ¿creemos estar preparados para morir, y para morir bien! ¿Hay cosa á que mas nos hubiese exhortado el Hijo de Dios, como quien preveia tan bien nuestra negligencia, que á esta preparacion?

*Velad, porque no sabeis á qué hora ha de venir el Señor. (Matth. 25.) Estad siempre aparejados, porque en la hora que menos lo penseis, vendrá el Hijo del hombre. (Luc. 12.)* Lo que digo á vosotros, con todos habla; y así estad alerta: *Quod autem vobis dico, omnibus dico: Vigilate. (Marc. 13.)* Es menester estar prontos á cualquiera hora que el Señor llame á la puerta.

Ninguno hay que no convenga en que es necesaria alguna preparacion para morir bien: de aquí nace el gran miedo que se tiene á toda muerte repentina. ¿Pero qué efecto ha producido este temor? ¿á qué preparacion nos ha movido hasta el presente? Con todo eso puedo morir dentro de pocas horas. Tan poca seguridad tengo de vivir mañana, como de vivir de aquí á diez años. Si fuera hoy el postrero dia de mi vida, ¿estaria bien dispuesto para morir hoy? ¿no tendria algo que temer? Estremézcome con solo este pensamiento. ¿Pero quién me ha asegurado la vida ni aun de aquí á un cuarto de hora? Y si no comienzo a disponer-

me desde luego, ¡qué dolor! ¡qué desesperacion cuando llegue la postrera!

No lo permitais, Señor; y pues me concedeis á lo menos esta hora, desde esta misma comienzo, Dios mio, á disponerme para morir bien, y á pedir os esta gracia los dias que me otorgueis de mi vida.

JACULATORIAS. — Comprenda yo, Señor, tan vivamente el corto número de los dias de mi vida, que desde luego comience á disponerme para la muerte. (*Ps. 101.*)

Solamente los que temen á Dios en vida deben prudentemente esperar una buena muerte. (*Eccl. 1.*)

### PROPOSITOS.

1 No es de estrañar que tantos mueran mal, siendo tan pocos los que se disponen para morir bien. La buena muerte es ciencia práctica, que solo se aprende mientras se vive; mas para adelantar en esta facultad es menester estudiar mucho, porque el estudio precipitado regularmente solo sirve para hacer mas visible nuestra ignorancia y nuestro atraso. La mejor disposicion para una buena muerte es una santa vida; y la vida debe ser una continua preparacion para la muerte. Cada dia debe servirnos de nueva leccion y de nuevo ejercicio, siendo razon que todas las noches nos tomemos cuenta de nuestro adelantamiento. Es una piadosa costumbre de grande importancia hacer todas las cosas como si todas ellas fuesen disposiciones para la muerte. Misas, oraciones, limosnas, obligaciones del estado de cada uno, hasta las mismas diversiones, todo nos puede servir para lograr una buena muerte, si todo se hace con el espíritu y con la santa intencion de morir bien. Mucho nos importa saber bien el arte de bien morir: el que ignora este, aunque sea muy sabio en todos los demás, haga cuenta que nada sabe.

2 Fuera de esta preparacion general, hay otras particulares, que nunca se deben omitir. Elige todos los años un dia que debes dedicar enteramente á este gran negocio. Al despertar considérate en la presencia del soberano Juez, que te pide cuentas de tu administracion: *Redde rationem villicationis tuæ*; y examina por lo menos en media hora de oracion si tienes bien prevenidas las cuentas. No salgas del cuarto sin haber ajustado lo que tuvieres que ajustar. Nada omitas, nada te perdones, nada te disimules; porque tienes que tratar con un Juez infinitamente perspicaz, á quien nada se le esconde, aunque quiere por ahora

remitirte á tí sobre todos los artículos. Anticípate á la severidad de su juicio por una confesion general sincera y dolorosa. Ajustados los negocios de tu conciencia, arregla los de tu casa y familia. Grande imprudencia es aguardar á la última enfermedad para hacer testamento. *Fac testamentum*, dice S. Agustin, *dum sanus es, dum sapiens es, dum tuus es*: Haz testamento mientras estás sano, mientras estás en tu juicio, y mientras tienes libertad. Comunica con si fuera la última comunión de tu vida. Y si pudiese ser, sé tú mismo testamentario de tí propio y ejecutor de tus legados. Por la tarde ve á hacer oracion sobre la sepultura donde te han de enterrar, ó á lo menos en la iglesia donde ha de estar espuesto tu cadáver, y te han de hacer los oficios de cuerpo presente. Todo lo que leas en este dia sea acerca de la muerte, sin ocuparte en todo él en otro negocio que en el de tu salvacion. Pero no te contentes con un dia cada año: el retiro de un dia cada mes es excelente preparacion para la muerte. Añado mas: cada semana debe tener la suya, y aun cada dia es razon tengas alguna devocion, que sirva determinadamente para disponerte á morir bien. Busca algun libro que te enseñe á prevenirte para una buena muerte. Al fin del segundo tomo del *Retiro espiritual* hallarás admirables ejercicios para esto.

## DIA IX.

## MARTIROLOGIO.

SAN PROCORO, uno de los siete primeros diáconos, en Antioquia; esclarecido en la fe y en milagros alcanzó la corona del martirio.

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES DEMETRIO, CONCESO, HILARIO Y SUS COMPAÑEROS, en Roma.

EL MARTIRIO DE SIETE SANTAS VIRGENES Y MÁRTIRES, en Sirmio, las cuales compraron á un tiempo la vida eterna dando por precio su misma sangre.

SAN EUPSQUIO, mártir, en Cesarea de Capadocia, el cual por haber echado á tierra (con otros muchos cristianos) el templo de la Fortuna fué martirizado por mandato de Juliano apóstata.

LOS SANTOS MÁRTIRES MASILITANOS, en Africa, en cuya festividad predicó S. Agustin al pueblo.

SAN ACACIO, obispo, en Amida de Mesopotamia, el cual para redimir los cautivos hizo fundir los vasos de la Iglesia, y los vendió.

SAN HUGO, obispo y confesor, en Ruan.

SAN MARCELO, obispo, en la ciudad de Dié, esclarecido en milagros.

SANTA MARÍA CLEOFAS, en Judea, parienta de la beatísima Virgen Maria Madre de Dios. (*Véase su noticia en las vidas de este dia.*)